

Un Corazón que ama sin medida



La imagen del Sagrado Corazón de Jesús nos recuerda el núcleo central de nuestra fe: todo lo que Dios nos ama con su Corazón y todo lo que nosotros, por tanto, le debemos amar. Jesús tiene un Corazón que ama sin medida. Y tanto nos ama, que sufre cuando su inmenso amor no es correspondido. Debemos vivir demostrándole a Jesús con nuestras obras que lo amamos, que correspondemos al gran amor que Él nos tiene y que nos ha demostrado entregándose a la muerte por nosotros, quedándose en la Eucaristía y enseñándonos el camino a la vida eterna.

Todos los días podemos acercarnos a Jesús o alejarnos de Él. De nosotros depende, ya que Él siempre nos está esperando y amando.

Debemos vivir recordándolo y pensar cada vez que actuamos: ¿Qué haría Jesús en esta situación, qué le dictaría su Corazón? Y eso es lo que debemos hacer (ante un problema en la familia, en el trabajo, en nuestra comunidad, con nuestras amistades, etc.). Debemos, por tanto, pensar si las obras o acciones que vamos a hacer nos alejan o acercan a Dios.

Tener en casa o en el trabajo una imagen del Sagrado Corazón de Jesús, nos ayuda a recordar su gran amor y a imitarlo durante todo el año.

El Evangelio de San Juan refiere un hecho con la precisión del testigo ocular. *“Los judíos, como era el día de la Pascua, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el día de sábado, por ser día grande aquel sábado, rogaron a Pilato que les rompiesen las piernas y los quitasen. Vinieron, pues, los soldados y rompieron las piernas al primero y al otro que estaba crucificado con Él; pero llegando a Jesús, como le vieron ya muerto, no le rompieron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó con su lanza el costado, y al instante salió sangre y agua”* (Jn 19, 31-34).

El Evangelista habla solamente del golpe con la lanza en el costado, del que salió sangre y agua. La lanza del soldado hirió ciertamente el corazón, para comprobar si el Condenado ya estaba muerto. Este corazón —este corazón humano— ha dejado de latir. Jesús ha dejado de vivir. Pero, al mismo tiempo, esta apertura anatómica del corazón de Cristo, después de la muerte —a pesar de toda la “crudeza” histórica del texto— nos induce a pensar incluso a nivel de metáfora.

El corazón no es sólo un órgano que condiciona la vitalidad biológica del hombre. El corazón es un símbolo. Habla de todo el hombre interior. Habla de la interioridad espiritual del hombre. Y la tradición entrevió rápidamente este sentido de la descripción de Juan. Por lo demás, en cierto sentido, el mismo Evangelista ha inducido a esto cuando, refiriéndose al testimonio del testigo ocular, que era él mismo, ha hecho referencia, a la vez, a esta frase de la Escritura: *“Mirarán al que traspasaron”* (Jn 19, 37; Zac 12, 10). En realidad así mira la Iglesia; así ha de mirar la humanidad. Y de hecho, en la transfixión de la lanza del soldado todas las generaciones de cristianos han aprendido y aprenden a leer el misterio del Corazón del Hombre crucificado, que era el Hijo de Dios.

Es diversa la medida del conocimiento que de este misterio han adquirido muchos discípulos y discípulas del Corazón de Cristo, en el curso de los siglos. Uno de los protagonistas en este campo fue ciertamente Pablo de Tarso, convertido de perseguidor en Apóstol. También nos habla él con las palabras de la Carta a los efesios. Habla como el hombre que ha recibido una gracia grande, porque se le ha concedido “anunciar a los gentiles la insondable riqueza de Cristo e iluminar a todos acerca de la dispensación del misterio oculto desde los siglos en Dios, Creador de todas las cosas” (Ef 3, 8-9).

Esa “riqueza de Cristo” es, al mismo tiempo, el “diseño eterno de salvación” de Dios que el Espíritu Santo dirige al “hombre interior”, para que así *“Cristo habite por la fe en nuestros corazones”* (Ef 3, 16-17). Y cuando Cristo, con la fuerza del Espíritu, habite por la fe en nuestros corazones humanos, entonces estaremos en disposición *“de comprender con nuestro espíritu humano”* (es decir, precisamente con este “corazón”) *“cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, y conocer la caridad de Cristo, que supera toda ciencia...”* (Ef 3, 18-19).

Para conocer con el corazón, con cada corazón humano, fue abierto, al final de la vida terrestre, el Corazón divino del Condenado y Crucificado en el Calvario.

Ante la fuerza de las palabras de Pablo, cada uno de nosotros pregúntese a sí mismo sobre la medida del propio corazón. *“Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él; pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón*

es Dios, y él sabe todas las cosas" (1 Jn 3, 19-20). El Corazón del Hombre-Dios no juzga a los corazones humanos. El Corazón llama. El Corazón "invita".

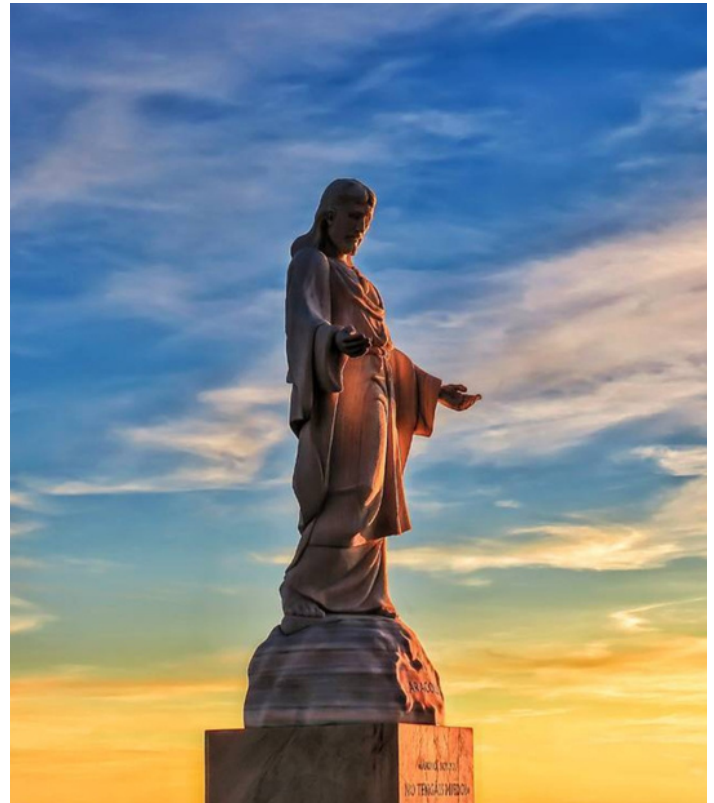
El misterio del corazón, se abre a través de las heridas del cuerpo; se abre el gran misterio de la piedad, se abren las entrañas de misericordia de nuestro Dios (San Bernardo, Sermo 61, 4; PL 183, 1072). Cristo nos dice: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mt 11, 29). Con esa frase el Señor Jesús nos ha llamado con sus palabras al propio corazón. Y ha puesto de relieve este único rasgo: "mansedumbre y humildad". Como si quisiera decir que sólo por este camino quiere conquistar al hombre; que quiere ser el Rey de los corazones mediante "la mansedumbre y la humildad". Todo el misterio de su reinado está expresado en estas palabras. La mansedumbre y la humildad encubren, en cierto sentido, toda la "riqueza" del Corazón del Redentor, sobre la que escribió San Pablo a los efesios. Pero también esa "mansedumbre y humildad" lo desvelan plenamente; y nos permiten conocerlo y aceptarlo mejor; lo hacen objeto de suprema admiración.

EL CORAZÓN DEL HOMBRE-DIOS NO JUZGA A LOS CORAZONES HUMANOS. EL CORAZÓN LLAMA. EL CORAZÓN "INVITA".

Para comprender el amor de Dios hay que pararse ante la cruz de Cristo y detener la mirada en los agujeros sangrantes de manos y pies taladrados por los clavos, hacer que la vista repose sobre el costado derecho del Crucificado donde fue abierta la herida por la lanza del soldado, para dar entrada al Corazón de Cristo a cuantos llegan hasta este refugio de amor. Es san Juan el que nos descubre el misterio del corazón traspasado del Redentor, viendo en el Crucificado el verdadero cordero inmolado por nosotros. Contemplando al Crucificado nos vemos atraídos hacia él, movidos por su amor Crucificado, tal como lo había predicho: "Cuando yo sea levantado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí" (Jn 12,32).

La imagen del corazón de Cristo descubre en su misma simbología el misterio del amor de Dios revelado en los sufrimientos de Cristo, para que, en palabras de san Pablo, "arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender: la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede todo conocimiento, y os llenéis de toda plenitud de Dios" (Ef 3,19).

El Corazón de Jesús concentra en su propia simbología la realidad entera del misterio del Hijo de Dios: el amor divino simbolizado en el corazón del cuerpo humano de Jesucristo, para que en él podamos encontrar cobijo para nuestro desamparo y calor para el hielo que aprisiona la vida del pecador, haciendo en el pecho del Señor el verdadero hogar del amor redentor.



El costado abierto de Cristo es el manantial del cual manaron los sacramentos de la Iglesia: "sangre y agua" (Jn 19,34), signos de la Eucaristía y del bautismo que nos introduce en la Iglesia, sacramentos que nos incorporan a la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo.

Queremos seguir confiando en Cristo, Hijo del Dios vivo, único y universal. Queremos que su reino espiritual ilumine nuestra vida personal y social.

Os invito, por tanto, amadísimos hermanos y hermanas, a mirar con confianza al Sagrado Corazón de Jesús y a repetir a menudo: ¡Sacratísimo Corazón de Jesús, en ti confío! Por consiguiente, invito a todos los fieles a proseguir con piedad su devoción al culto del Sagrado Corazón de Jesús, adaptándola a nuestro tiempo, para que no dejen de acoger sus insondables riquezas, a las que responden con alegría amando a Dios y a sus hermanos, encontrando así la paz, siguiendo un camino de reconciliación y fortaleciendo su esperanza de vivir un día en la plenitud junto a Dios, en compañía de todos los santos.

Pidamos al Corazón de Jesús, por medio del Inmaculado Corazón de María, Madre de la Iglesia, que su Reinado espiritual siga inspirando la conciencia cristiana de cuántos somos miembros vivos de la Iglesia, para que por nuestro testimonio todos cuantos forman parte de la sociedad de nuestro tiempo vengan al conocimiento de Cristo y lo reconozcan como Hijo de Dios y Salvador de los hombres, Señor de la historia y Rey nuestro, y dando gloria a Dios por su misericordia se salven.

✠ Vicente Juan Segura
Obispo Auxiliar de Valencia